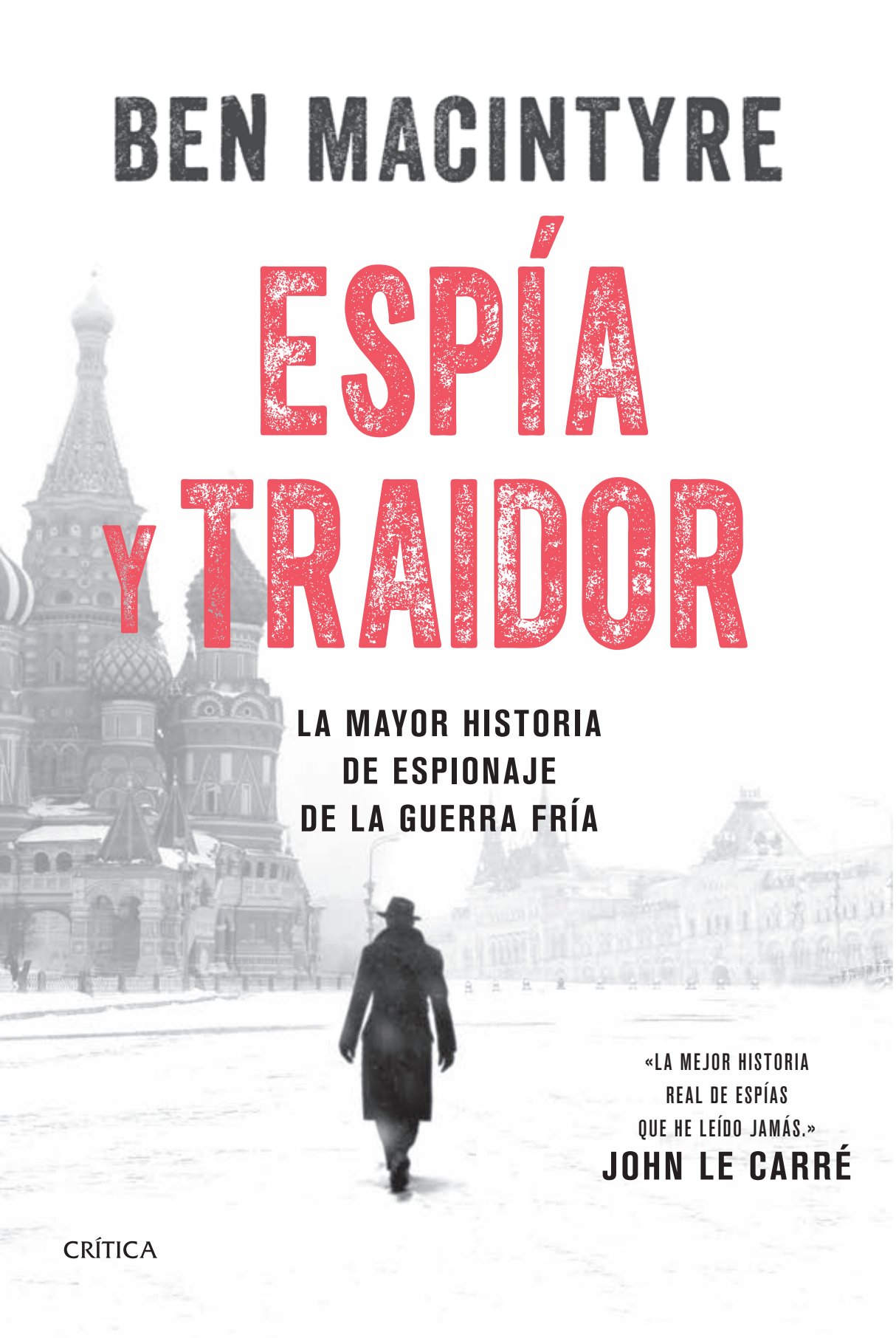




BEN MACINTYRE

ESPIA Y TRAIADOR

**LA MAYOR HISTORIA
DE ESPIONAJE
DE LA GUERRA FRÍA**

**«LA MEJOR HISTORIA
REAL DE ESPÍAS
QUE HE LEÍDO JAMÁS.»**

JOHN LE CARRÉ

CRÍTICA

Ben Macintyre

Espía y traidor

La mayor historia de espionaje
de la Guerra Fría



Traducción castellana de
Efrén del Valle

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2019

Espía y traidor. La mayor historia de espionaje de la Guerra Fría
Ben Macintyre

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Spy and the Traitor. The Greatest Espionage Story of the Cold War*

© 2018 by Ben Macintyre Books Ltd

© de la traducción, Efrén del Valle, 2019

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-121-2
Depósito legal: B. 12014 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice de contenidos

<i>Listado de ilustraciones</i>	11
<i>Introducción: 18 de mayo de 1985</i>	15

PRIMERA PARTE

1. El KGB	21
2. El Tío Gormsson	39
3. SUNBEAM	57
4. Tinta verde y microfilm	77
5. Una bolsa de plástico y una barrita Mars	101
6. Agente BOOT	123

SEGUNDA PARTE

7. El piso franco	139
8. Operación RYAN	157
9. Koba	175
10. El señor Collins y la señora Thatcher	189
11. Ruleta rusa	213

TERCERA PARTE

12. El gato y el ratón	239
13. La «limpieza en seco»	263
14. Viernes, 19 de julio	287
15. Finlandia	309

EPÍLOGO

16. Pasaporte para PIMLICO	331
--------------------------------------	-----

<i>Nombres en clave y alias</i>	351
---	-----

<i>Agradecimientos</i>	353
<i>Bibliografía selecta</i>	355
<i>Referencias</i>	359
<i>Índice analítico</i>	365

1

El KGB

Oleg Gordievski nació en el KGB; fue modelado por él, amado por él, retorcido, dañado y casi destruido por él. Llevaba al servicio de espionaje soviético en el corazón y en la sangre. Su padre había trabajado para él toda su vida y llevaba el uniforme del KGB a diario, fines de semana incluidos. Los Gordievski vivían con la fraternidad de espías en un bloque de pisos reservado para ellos, se alimentaban con comida especial para los altos mandos y pasaban su tiempo libre con otras familias de espías. Gordievski era hijo de la organización.

El Komitet Gosudarstvenoi Bezopasnoti, o Comité de Seguridad del Estado, era la agencia de espionaje más compleja y extensa jamás creada. Como sucesora directa de la red de espías de Stalin, combinaba la obtención de información privilegiada en su territorio y fuera de él con la aplicación de la seguridad interna, amén de ejercer de policía estatal. El KGB, opresivo, misterioso y omnipresente, permeaba y controlaba todos los aspectos de la vida soviética. Erradicaba el disenso interno, custodiaba a los líderes comunistas, diseñaba operaciones de espionaje y contraespionaje contra potencias enemigas e intimidaba al pueblo de la URSS para que mostrara una obediencia abyecta. Reclutaba a miembros por todo el mundo y desperdigaba a espías que obtenían, compraban y robaban secretos militares, políticos y científicos en cualquier lugar. En el cenit de su poder, con más de un millón de agentes e informantes, el KGB moldeó más a la sociedad soviética que ninguna otra institución.

En Occidente, sus iniciales eran sinónimo de terror interno y agresión y subversión externas, una referencia a la crueldad de un régimen totalitario dominado por una mafia oficial sin rostro. Pero el KGB no era visto así por quienes vivían bajo sus rígidos dictámenes. Inspiraba miedo y obediencia, sí, pero también era admirado como guardia preto-

riana, como un bastión contra la agresividad imperialista y capitalista de Occidente y como guardián del comunismo. La pertenencia a esa fuerza privilegiada y de élite era motivo de admiración y orgullo. Quienes se incorporaban a ella lo hacían de por vida. «El concepto de exagente del KGB no existe», dijo en una ocasión Vladimir Putin, que también había militado en sus filas.¹ Era un club exclusivo, y abandonarlo era imposible. Entrar en el KGB era un honor y un deber para quienes poseían talento y ambición suficientes.

Oleg Gordievski nunca barajó seriamente la posibilidad de dedicarse a otra cosa. Su padre, Antón Lavrentiévich Gordievski, hijo de un trabajador del ferrocarril, había sido profesor antes de que la revolución de 1917 lo convirtiera en un comunista acérrimo, un rígido brazo ejecutor de la ortodoxia ideológica. «El Partido era Dios», escribía más tarde su hijo, y la devoción de Gordievski padre no titubeó jamás, ni siquiera cuando su fe le exigió que participara en crímenes inconfesables. En 1932 ayudó a poner en marcha la soviétización de Kazajistán, donde organizó la expropiación de comida a los campesinos para alimentar a los ejércitos y ciudades soviéticos. Alrededor de un millón y medio de personas perecieron en la hambruna resultante. Antón vio de cerca el hambre provocada por el Estado. Ese año se incorporó a la oficina de seguridad estatal y más tarde al Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD), la policía secreta de Stalin y precursor del KGB. Como funcionario del directorio político, era responsable de la disciplina y el adoctrinamiento políticos. Antón se casó con Olga Nikolaievna Gornova, una estadística de 24 años, y la pareja se instaló en un edificio de Moscú reservado a la élite del espionaje. En 1932 nació Vasili, su primogénito. A los Gordievski les iba muy bien con Stalin.

Cuando el camarada Stalin anunció que la revolución se enfrentaba a una letal amenaza interna, Antón Gordievski se ofreció para ayudar a liquidar a los traidores. La Gran Purga de 1936 a 1938 provocó la eliminación total de los «enemigos del Estado»: presuntos quintacolumnistas y trotskistas de incógnito, terroristas y saboteadores, espías contrarrevolucionarios, cargos del Partido y el gobierno, campesinos, judíos, profesores, generales, intelectuales, polacos, soldados del Ejército Rojo y muchos más. La mayoría eran completamente inocentes. En el paranoico Estado policial de Stalin, la manera más segura de garantizarse la supervivencia era denunciar a otro. «Es preferible que sufran diez inocentes a que escape un espía», afirmaba Nikolái Yezhov, jefe del

NKVD. «Cuando talas madera, saltan astillas».² Los informantes susurraban, los torturadores y verdugos se ponían manos a la obra y los gulags siberianos estaban a rebosar. Pero, como en cualquier revolución, sus propios ejecutores se convertían inevitablemente en sospechosos. El NKVD empezó a investigarse y purgarse a sí mismo. En el momento álgido del derramamiento de sangre, el edificio de los Gordievski fue objeto de más de doce redadas en cuestión de seis meses. Las detenciones se producían de noche: primero se llevaban al cabeza de familia y luego a los demás.

Es probable que algunos de esos enemigos del Estado fueran identificados por Antón Gordievski. «El NKVD siempre tiene razón», afirmaba, una conclusión a la vez sensata y del todo equivocada.

Oleg Antoniévich Gordievski, el segundo hijo, nació el 10 de octubre de 1938, justo cuando amainaba la Gran Purga y la guerra asomaba en el horizonte. Para amigos y vecinos, los Gordievski eran ciudadanos soviéticos ideales, ideológicamente puros, fieles al Partido y el Estado y ahora padres de dos niños robustos. Siete años después de Oleg nació Marina. Los Gordievski estaban bien alimentados y vivían en un entorno privilegiado y seguro.

Pero, al examinarlos más de cerca, había fisuras en la fachada familiar y estratos de engaño bajo la superficie. Antón Gordievski nunca habló de lo que había hecho durante las hambrunas, las purgas y el terror. El Gordievski más longevo era un buen ejemplo de la especie *Homo sovieticus*, un obediente servidor del Estado forjado por la represión comunista. Pero en el fondo tenía miedo; se sentía horrorizado y puede que también culpable. Más adelante, Oleg llegó a ver a su padre como un «hombre temeroso».

Olga Gordievski, la madre de Oleg, era menos maleable. Nunca se unió al Partido y no creía que el NKVD fuese infalible. Los comunistas habían arrebatado a su padre el molino de agua, su hermano había sido enviado a un gulag de Siberia oriental por criticar la agricultura colectiva y había visto cómo sacaban a rastras de casa a muchos amigos en plena noche. Con el sentido común propio de los campesinos, entendía la veleidad y el ansia de venganza del Estado, pero mantenía la boca cerrada.

Oleg y Vasili, que se llevaban seis años, se criaron en tiempos de guerra. Uno de los primeros recuerdos de Gordievski eran las hileras de prisioneros alemanes desaliñados a los que hacían desfilar por las calles

de Moscú, «atrapados, vigilados y mangoneados como si fueran animales». Con frecuencia, Antón se ausentaba largos periodos de tiempo para inculcar a las tropas la ideología del Partido.

Oleg Gordievski aprendió obedientemente la doctrina de la ortodoxia comunista: asistió a la Escuela 130, donde demostró una precoz aptitud para la historia y los idiomas y aprendió sobre los héroes del comunismo, tanto compatriotas como extranjeros. Pese al grueso velo de desinformación que rodeaba a Occidente, los países extranjeros le fascinaban. A los seis años empezó a leer *British Ally*, un panfleto propagandístico publicado en ruso por la embajada británica para fomentar el entendimiento con Rusia. Estudió alemán y, tal como se esperaba de cualquier adolescente, se unió al Komsomol, o Unión de Jóvenes Comunistas.

Su padre llevaba a casa tres periódicos oficiales y soltaba peroratas sobre la propaganda comunista que contenían. El NKVD se convirtió en el KGB y Antón Gordievski lo siguió obedientemente. La madre de Oleg rezumaba una resistencia silenciosa que solo dejaba entrever ocasionalmente con observaciones mordaces y medio susurradas. La adoración religiosa estaba prohibida bajo el comunismo, y los niños fueron criados como ateos, pero su abuela materna bautizó en secreto a Vasili en la Iglesia ortodoxa rusa y habría hecho lo mismo con Oleg si su horrorizado padre no lo hubiera descubierto e intervenido.

Oleg Gordievski se crio en el seno de una familia unida y afectuosa llena de duplicidades. Antón Gordievski veneraba al Partido y se proclamaba un impávido defensor del comunismo, pero por dentro era un hombre pequeño y aterrado que había sido testigo de hechos espantosos. Olga Gordievski, la mujer ideal para un agente del KGB, abrigaba un desdén no verbalizado hacia el sistema. La abuela de Oleg adoraba secretamente a un Dios ilegal. Los adultos de la familia no demostraban lo que en realidad sentían, ni entre ellos ni a los demás. En la sofocante conformidad de la Rusia de Stalin se podía pensar diferente, pero la honestidad era demasiado peligrosa, incluso para los miembros de una familia. Desde la infancia, Oleg vio que era posible llevar una doble vida, amar a los que le rodeaban a la vez que ocultaba su verdadero yo, aparentar ser una persona para el mundo exterior y ser otra bien distinta.

Oleg Gordievski acabó la escuela con una medalla de plata y como jefe del Komsomol. Era un producto competente, inteligente, atlético, sumiso y ordinario del sistema soviético, pero también había aprendido

a compartimentar. Con sus particularidades, su padre, su madre y su abuela eran gente disfrazada. El joven Gordievski creció rodeado de secretos.

Stalin murió en 1953. Tres años después fue denunciado en el XX Congreso del Partido por su sucesor, Nikita Jrushchov. Antón Gordievski quedó estupefacto. La condena oficial a Stalin, en opinión de su hijo, «hizo mucho por destruir los cimientos ideológicos y filosóficos de su vida». No le gustaba cómo estaba cambiando Rusia, pero a su hijo sí.

El Deshielo de Jrushchov fue breve y limitado, pero una época de auténtica liberalización permitió la relajación de la censura y la amnistía de miles de presos políticos. Corrían buenos tiempos para ser joven, ruso y optimista.

A los 17 años, Oleg se matriculó en el prestigioso Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú. Allí, entusiasmado por la nueva atmósfera, participó con sus compañeros en acalorados debates sobre cómo crear «un socialismo de rostro humano». Fue demasiado lejos. Parte del inconformismo de su madre había calado en él. Un día escribió un discurso ingenuo en su defensa de la libertad y la democracia, unos conceptos que a duras penas entendía. Lo grabó en el laboratorio de lenguas y se lo puso a varios estudiantes, que se mostraron consternados. «Tienes que destruir esto inmediatamente, Oleg, y no volver a mencionar estas cosas nunca más.» De repente estaba atemorizado y dudaba si alguno de sus compañeros de clase habría informado a las autoridades de sus opiniones «radicales». El KGB tenía espías dentro del instituto.

Las limitaciones del reformismo de Jrushchov quedaron brutalmente demostradas en 1956 cuando los carros de combate soviéticos entraron en Hungría para aplastar una rebelión nacional contra el dominio soviético. Pese a la omnipresencia de la censura y la propaganda, las noticias de la rebelión fallida llegaron a Rusia. «El calor desapareció por completo», recordaba Oleg sobre las drásticas medidas que sobrevinieron. «Empezó a soplar un viento gélido.»

El Instituto de Relaciones Internacionales era la universidad más elitista de la Unión Soviética, descrita por Henry Kissinger como «la Harvard de Rusia».³ Dirigido por el Ministerio de Asuntos Exteriores, era el principal campo de entrenamiento para diplomáticos, científicos, economistas, políticos y espías. Gordievski estudió Historia, Geografía, Economía y Relaciones Internacionales, todo ello a través del retorcido

prisma de la ideología comunista. El instituto ofrecía formación en 56 idiomas, más que cualquier otra universidad del mundo. Las aptitudes lingüísticas brindaban un fácil acceso al KGB y los viajes al extranjero que tanto anhelaba. Dominando ya el alemán, presentó una solicitud para estudiar inglés, pero no quedaban plazas libres. «Aprende sueco», le dijo su hermano, que ya había entrado en el KGB. «Es la puerta de acceso al resto de Escandinavia.» Gordievski siguió su consejo.

La biblioteca del instituto tenía en catálogo algunos periódicos y revistas extranjeros, los cuales, pese a la estricta censura, ofrecían una mirada al mundo exterior. Gordievski empezó a leerlos con discreción, ya que mostrar un interés manifiesto por Occidente despertaba recelos. Algunas noches escuchaba en secreto BBC World Service o Voice of America pese a las interferencias intencionadas que imponían los censores soviéticos, y percibió «por primera vez el tenue aroma de la verdad».

Más tarde, como cualquier ser humano, Gordievski tendía a ver su pasado a través del cristal de la experiencia, a imaginar que siempre había abrigado las semillas de la insubordinación y a creer que, de algún modo, llevaba inculcado su destino. Pero no era así. En sus años de estudiante era un comunista ansioso por servir al Estado soviético en el KGB, igual que su padre y su hermano. La revolución húngara había cautivado su joven imaginación, pero no era un revolucionario. «Seguía formando parte del sistema, pero mi sensación de desilusión iba en aumento.» En ese sentido, no era distinto de muchos estudiantes de su época.

A los 19 años, Gordievski se aficionó a correr campo a través. Había algo en la naturaleza solitaria de ese deporte que lo atraía, el prolongado e intenso agotamiento en una competición privada contra sí mismo en la que ponía a prueba sus propios límites. Oleg podía ser gregario, atractivo para las mujeres y coqueto. Era tremendamente guapo, con el pelo hacia atrás y unos rasgos suaves. En reposo, su expresión parecía seria, pero cuando sus ojos brillaban con un humor negro, su cara se iluminaba. En sociedad acostumbraba a ser simpático y extrovertido, pero había algo duro y oculto en él. No se sentía solo, ni tampoco era una persona solitaria, pero disfrutaba de su propia compañía. Raras veces demostraba sus sentimientos. Oleg, normalmente ansioso por mejorar, creía que correr campo a través «forjaba el carácter». A solas con sus pensamientos, corría durante horas por las calles y parques de Moscú.

Uno de los pocos estudiantes con los que intimó fue Stanislav Kaplan, que también era miembro del equipo universitario de atletismo. Standa Kaplan era checoslovaco y, cuando llegó al instituto con varios centenares de estudiantes destacados del bloque soviético, ya tenía en su haber una licenciatura de la Universidad Carolina de Praga. Como otros alumnos provenientes de países recientemente subyugados por el comunismo, «su individualismo todavía no se había visto reprimido», escribía Gordievski años después. Kaplan, un año mayor que él, estudiaba para ser traductor militar. Los dos jóvenes tenían ambiciones compatibles e ideas similares. «Era de mentalidad liberal y muy escéptico con el comunismo», afirmaba Gordievski, a quien las opiniones de Kaplan le resultaban fascinantes y un tanto alarmantes. Con su enigmático atractivo, Standa era un imán para las mujeres. Ambos trabaron una fuerte amistad y salían a correr, a perseguir chicas y a comer en un restaurante checo situado junto al parque Gorki.

Otra influencia igual de importante era Vasili, su idolatrado hermano mayor, que estaba formándose para ser un «ilegal», es decir, un infiltrado del gran ejército global de la Unión Soviética.

El KGB enviaba a países extranjeros a dos tipos de espías bien diferenciados. Los primeros ocupaban puestos formales como miembros del personal diplomático o consular soviético, como agregados culturales o militares, como periodistas acreditados o como representantes comerciales. La protección diplomática significaba que esos espías «legales» no podían ser juzgados si sus actividades salían a la luz, tan solo declarados *persona non grata* y expulsados del país. Por el contrario, un espía «ilegal» (*nelegal* en ruso), carecía de estatus oficial, solía viajar con nombre y documentación falsos y se mezclaba con la población del país al que fuese destinado. Por todo el mundo, el KGB enviaba ilegales sumergidos y subversivos que se hacían pasar por ciudadanos de a pie. Al igual que los espías legales, recababan información, reclutaban a agentes y llevaban a cabo varias formas de espionaje. A veces, como «durmientes», podían permanecer ocultos mucho tiempo sin ser activados. Estos también eran quintacolumnistas potenciales, listos para entrar en combate si estallaba una guerra entre Oriente y Occidente. Los ilegales actuaban fuera del radar oficial y, por tanto, no podían recibir financiación que pudiera ser rastreable ni comunicarse por canales diplomáticos seguros. Pero, a diferencia de los espías acreditados en una embajada, dejaban pocas pistas a los investigadores del contraespionaje. Todas las

embajadas soviéticas contaban con una oficina permanente del KGB, o *rezidentura*, con varios agentes que ostentaban cargos oficiales diversos bajo el mando de un *rezident* (jefe de oficina para el MI6 y la CIA). Una de las tareas que desempeñaba el contraespionaje occidental era descubrir qué funcionarios soviéticos eran verdaderos diplomáticos y cuáles eran espías. Dar con los ilegales era hartamente más complicado.

El Primer Alto Directorio (PAD) era el departamento del KGB responsable del espionaje en suelo extranjero. Dentro del mismo, el Directorio S (por «especial») formaba, desplegaba y supervisaba a los ilegales. Vasili Gordievski fue reclutado formalmente por el Directorio S en 1960.

El KGB mantenía una oficina en el Instituto de Relaciones Internacionales en la que trabajaban dos funcionarios que buscaban posibles reclutas. Vasili mencionó a sus jefes del Directorio S que su hermano pequeño, competente en varios idiomas, podía estar interesado en la misma línea de trabajo.

A principios de 1961, Oleg Gordievski fue invitado a mantener una conversación. Más tarde le indicaron que fuese a un edificio situado cerca del cuartel general del KGB en la plaza Dzerzhinski, donde fue entrevistado en alemán por una educada mujer de mediana edad que elogió su dominio del idioma. Desde ese instante pasó a formar parte del sistema. Gordievski no tenía intención de incorporarse al KGB, pero no era un club al que uno presentara candidatura. El KGB te elegía a ti.

La época de Gordievski en la universidad estaba tocando a su fin cuando fue enviado seis meses a Berlín Oriental para que adquiriera experiencia como traductor en la embajada rusa. Entusiasmado por su primer viaje al extranjero, la emoción se exacerbó cuando el Directorio S le pidió que informara sobre Alemania Oriental. La República Democrática Alemana, gobernada por los comunistas, era un satélite soviético, pero eso no la hacía inmune a las atenciones del KGB. Vasili ya vivía allí como ilegal. Inmediatamente, Oleg aceptó ponerse en contacto con su hermano y realizar «pequeñas tareas» para su nuevo jefe no oficial. Gordievski llegó a Berlín Oriental el 12 de agosto de 1961 y se hospedó en un hostel para estudiantes situado en el enclave del KGB en Karlshorst, un barrio de las afueras.

En los meses previos, el goteo de alemanes del Este que huían a través de Berlín Occidental se había convertido en una riada. En 1961, unos 3,5 millones de habitantes de Alemania Oriental, es decir, alrede-

dor de un 20 % de la población, se habían unido al éxodo masivo del gobierno comunista.

Cuando despertó a la mañana siguiente, Gordievski vio que Berlín Oriental había sido invadido por excavadoras. El gobierno, alentado por Moscú, estaba adoptando medidas radicales para contener la avalancha: se había iniciado la construcción del Muro de Berlín, una barrera física para desconectar a Occidente de Berlín Oriental y el resto de Alemania del Este. El «muro de protección antifascista» era en realidad el perímetro de una prisión erigida por Alemania Oriental para tener encerrados a sus propios ciudadanos. Con más de 240 kilómetros de cemento y vallas, búnkeres, trincheras antivehículos y alambradas, el Muro de Berlín era la manifestación física del Telón de Acero y una de las estructuras más terribles que el hombre haya construido nunca.

Gordievski contempló horrorizado cómo los trabajadores de Alemania Oriental destrozaban las calles situadas cerca de la frontera para que fuesen intransitables para los vehículos y cómo los soldados tendían kilómetros y kilómetros de alambre de espino. A la desesperada, algunos intentaron encaramarse a las barricadas o se lanzaron a los canales fronterizos al darse cuenta de que su vía de escape estaba cerrándose rápidamente. En la frontera había guardias con órdenes de disparar a cualquiera que intentase pasar del Este al Oeste. El nuevo muro causó una honda impresión en Gordievski, que en aquel momento tenía 22 años: «Solo una barrera física reforzada con guardias armados en sus torres de vigilancia podía mantener a los alemanes del Este en su paraíso socialista e impedir que huyeran al Oeste».

Pero la conmoción de Gordievski por la construcción relámpago del Muro de Berlín no le impidió cumplir fielmente la órdenes del KGB. El miedo a la autoridad era instintivo y el hábito de la obediencia arraigado. El Directorio S le había proporcionado el nombre de una informante alemana del KGB; sus instrucciones eran sondearla y determinar si estaba dispuesta a seguir facilitando información. Gordievski encontró su dirección a través de una comisaría local. La mujer de mediana edad que abrió la puerta no pareció inmutarse ante la repentina llegada de un joven con un ramo de flores. Mientras tomaban una taza de té, dejó claro que quería seguir cooperando con el KGB y Gordievski redactó con entusiasmo su primer informe. No se dio cuenta de lo que había sucedido realmente hasta transcurridos unos meses: «Era yo y no ella a quien estaban poniendo a prueba».

Aquella Navidad se puso en contacto con Vasili, que vivía bajo una identidad falsa en Leipzig. Oleg no desveló a Vasili lo horrorizado que se sentía por la construcción del Muro de Berlín. Su hermano mayor ya era agente profesional del KGB y no habría aprobado semejantes dudas ideológicas. Igual que su madre había ocultado sus verdaderos sentimientos a su marido, los hermanos hacían lo mismo entre ellos: Oleg no tenía la menor idea de lo que hacía Vasili en Alemania Oriental y Vasili no tenía la menor idea de lo que sentía Oleg en realidad. Los hermanos asistieron a un concierto del *Oratorio de Navidad* que «conmociónó intensamente» a Oleg. En comparación, Rusia le parecía un «desierto espiritual» en el que solo podía escucharse a ciertos compositores autorizados y la música eclesiástica «hostil con la lucha de clases», como la de Bach, era considerada decadente y burguesa y estaba prohibida.

Gordievski se sintió profundamente afectado por los escasos meses que pasó en Alemania Oriental: había sido testigo de la gran división física y simbólica de Europa en ideologías rivales, había probado los frutos culturales que le eran negados en Moscú, y había empezado a espíar. «Fue emocionante ver una muestra temprana de lo que podría hacer si me unía al KGB.»

En realidad ya lo había hecho.

De regreso a Moscú, ordenaron a Gordievski que se personara en el KGB el 31 de julio de 1962. ¿Por qué se incorporó a una organización que imponía una ideología que ya había empezado a cuestionar? Trabajar para el KGB era glamuroso y ofrecía la promesa de viajar al extranjero. El secretismo es seductor. Además, era un hombre ambicioso. El KGB podía cambiar. Él podía cambiar. Rusia podía cambiar. Y el salario y los privilegios eran atractivos.

Olga Gordievski quedó consternada al enterarse de que su hijo pequeño seguiría los pasos de su padre y su hermano en el servicio de espionaje. Por una vez expresó abiertamente su enojo contra el régimen y el aparato de opresión que lo sustentaba. Oleg precisó que no trabajaría para el KGB interno, sino para el departamento exterior, el Primer Alto Directorio, una organización de élite formada por intelectuales que hablaban lenguas extranjeras y desarrollaban una sofisticada labor que requería aptitudes y educación. «No es como el KGB», le dijo. «Es trabajo de espionaje y diplomático.» Olga dio media vuelta y salió de la habitación y Antón Gordievski no dijo nada. Oleg no detectó orgullo alguno en el semblante de su padre. Años después, cuando llegó a comprender

la envergadura de la represión estalinista, Gordievski se preguntaba si su padre, cerca ya de la jubilación, se «avergonzaba de aquellos crímenes y atrocidades cometidos por el KGB y simplemente tenía miedo de hablar del trabajo de la organización con su propio hijo». O Antón Gordievski quizá tenía dificultades para mantener su doble vida; tal vez era un pilar del KGB demasiado aterrado para advertir a su hijo de dónde se metía.

En su último verano como civil, Gordievski fue con Standa Kaplan al campamento del Instituto en la costa del mar Negro. Kaplan había decidido quedarse un mes más antes de reincorporarse al StB, el formidable servicio de espionaje checoslovaco. Los dos amigos pronto serían compañeros, espías aliados en nombre del bloque soviético. Durante un mes acamparon bajo los pinos, corrieron a diario, nadaron, tomaron el sol y hablaron de mujeres, música y política. Kaplan se mostraba cada vez más crítico con el sistema comunista y Gordievski se sentía halagado de ser el depositario de tan peligrosas confidencias: «Había entendimiento y confianza entre nosotros».

Poco después de su regreso a Checoslovaquia, Kaplan escribió una carta a Gordievski. Entre los cotilleos sobre las chicas que había conocido y lo bien que lo pasarían si su amigo iba a visitarlo («Vaciamos todos los pubs y bodegas de Praga»), Kaplan le hizo una importante petición: «Oleg, ¿tienes por casualidad un ejemplar de *Pravda* con el poema de Yevtushenko sobre Stalin?». El poema en cuestión era *Herederos de Stalin*, de Yevgueni Yevtushenko, un ataque directo al estalinismo por parte de uno de los poetas más francos e influyentes de Rusia. El texto exigía que el gobierno soviético garantizara que Stalin «nunca volvería a levantarse» y advertía que algunos líderes seguían añorando el brutal pasado estalinista: «Por pasado me refiero a ignorar el bienestar de la gente, a las acusaciones falsas, al encarcelamiento de inocentes [...] “¿Por qué preocuparse?”, dicen algunos, pero yo no puedo quedarme de brazos cruzados / Mientras los herederos de Stalin pasean por esta tierra». El poema causó sensación cuando fue publicado en el periódico oficial del Partido Comunista y fue reimpresso en Checoslovaquia. «Tuvo un gran efecto en algunos conciudadanos que sentían cierto grado de descontento», escribió Kaplan a Gordievski. Según dijo, quería comparar la traducción al checo con el ruso original. Pero en realidad estaba enviando un mensaje cifrado de complicidad, el reconocimiento de que ambos compartían los sentimientos expresados por Yevtushenko

y, como el poeta, no se quedarían de brazos cruzados ante el legado de Stalin.

La distinguida academia Bandera Roja del KGB, situada en mitad de un bosque 80 kilómetros al norte de Moscú, tenía el nombre en clave de Escuela 101, una evocación irónica y totalmente inconsciente de la Habitación 101 de *1984*, de George Orwell, el sótano de tortura en el que el Partido acaba con la resistencia de un prisionero sometiéndolo a su peor pesadilla.

Allí, Gordievski y otros 120 agentes en fase de formación serían iniciados en los secretos más ocultos del engranaje soviético: espionaje y contraespionaje, reclutamiento y supervisión de espías, tanto legales como ilegales, agentes y agentes dobles, armas, combate y vigilancia sin armas, las artes esotéricas y el lenguaje de aquel extraño trabajo. Uno de los elementos más importantes de la instrucción era la detección y evasión de la vigilancia, conocida como «limpieza en seco», o *proverka* en la jerga del KGB: cómo detectar cuándo alguien te seguía y esquivar esa vigilancia de un modo que pareciera accidental, ya que un objetivo que parezca «consciente de dicha vigilancia» probablemente será un espía profesional. «El comportamiento del agente no debe levantar sospechas», afirmaban los instructores del KGB. «Si un servicio de vigilancia nota que un extranjero está comprobando si alguien le sigue, se sentirá estimulado a trabajar con más secretismo, tenacidad e ingenuidad.»⁴

Ser capaz de establecer contacto con un agente sin ser visto —o incluso estando bajo vigilancia— es fundamental para cualquier operación clandestina. En la jerga de los espías occidentales, un agente que actúe sin ser detectado se ha «fundido a negro». En sucesivas pruebas, los estudiantes del KGB eran enviados a encontrarse con una persona en un lugar determinado, dejarle o recoger información, intentar identificar si y cómo los estaban siguiendo, darles esquinazo sin que parecieran estar haciéndolo y llegar al lugar estipulado incólumes. La vigilancia era responsabilidad del Séptimo Directorio del KGB. Los observadores profesionales, bien entrenados en el arte de seguir a un sospechoso, participaban en los ejercicios, y al final de cada jornada, el estudiante y el equipo de vigilancia comparaban notas. La *proverka* era agotadora y competitiva, consumía mucho tiempo y desquiciaba. Gordievski descubrió que se le daba muy bien.

Oleg aprendió a preparar un «lugar de señalización», una señal secreta que se dejaba en un lugar público —por ejemplo, una marca de

tiza en una farola— y que no significaba nada para el observador de a pie pero podía indicar a un espía que se reuniera con alguien en un lugar y hora determinados; cómo ejecutar un «contacto furtivo», es decir, pasar un mensaje u objeto a otra persona sin ser vistos; o cómo utilizar un «buzón ciego», esto es, dejar en un lugar concreto un mensaje o dinero que debían ser recogidos por otra persona sin establecer contacto directo. Le enseñaron códigos y claves, señales de reconocimiento, escritura secreta, preparación de micropuntos, fotografía y técnicas de disfraz. Había clases de economía y política, además de formación ideológica para reforzar el compromiso de los jóvenes espías con el marxismo-leninismo. Según observaba un compañero de clase de Oleg: «Esas fórmulas y conceptos trillados tenían el carácter de encantamientos rituales, algo parecido a afirmaciones de lealtad realizadas cada día y a cada hora». Los agentes veteranos, que ya habían trabajado en el extranjero, daban charlas sobre cultura y protocolo occidentales destinadas a preparar a los reclutas para comprender y combatir el capitalismo burgués.

Gordievski adoptó su primer nombre de espía. Los servicios de inteligencia soviéticos y occidentales utilizaban el mismo método para elegir pseudónimo: debía parecerse al nombre real y compartir su primera letra, porque, de ese modo, si una persona se dirigía al agente por su verdadero nombre, alguien que solo lo conociera por su nombre de espía podía suponer que había oído mal. Gordievski eligió «Guardiyetsev».

Como todos los demás estudiantes, juró fidelidad eterna al KGB: «Me comprometo a defender a mi país hasta la última gota de sangre y guardar los secretos de Estado». Lo hizo sin recelos. También se afilió al Partido Comunista, otro requisito de admisión. Puede que tuviera sus dudas —muchos las tenían—, pero eso no le impidió unirse al KGB y al Partido con un compromiso y una sinceridad incondicionales. Además, el KGB era emocionante. Por tanto, lejos de ser una pesadilla orwelliana, el curso de un año en la Escuela 101 fue el momento más placentero de su juventud, una época de emociones y expectación. Los reclutas eran elegidos por su inteligencia y conformidad ideológica, pero también por el espíritu aventurero común a todos los servicios de espionaje. «Habíamos elegido una carrera en el KGB porque brindaba una posibilidad de acción.» El secretismo forja unos lazos intensos. Ni siquiera sus padres sabían muy bien dónde estaba Oleg o qué hacía. «Prestar servicio al Primer Alto Directorio era el sueño oculto o mani-

fiesto de la mayoría de los jóvenes agentes de la seguridad estatal, pero solo unos cuantos eran dignos de tal honor», escribía Leonid Shebars-hin, que asistió a la Escuela 101 más o menos por la misma época que Oleg y acabaría siendo general del KGB. «El [...] trabajo unía a los agentes en una camaradería única con sus propias tradiciones, disciplina, convenciones y lenguaje profesional propio.» En el verano de 1963, Gordievski había sido plenamente adoptado por la hermandad del KGB. Cuando juró defender la madre patria hasta su último aliento y su último secreto, lo decía en serio.

Vasili Gordievski estaba trabajando duro para el Directorio S, la sección de ilegales del PAD. También había empezado a beber en exceso, lo cual no era necesariamente un inconveniente en un servicio que premiaba la capacidad de consumir grandes cantidades de vodka después del trabajo sin caerse al suelo. En su condición de especialista en ilegales, viajaba de un lado a otro con diferentes alias y prestaba servicio a la red clandestina pasando mensajes y dinero a otros agentes de incógnito. Vasili nunca explicó a su hermano menor lo que hacía, pero mencionaba lugares exóticos, entre ellos Mozambique, Vietnam, Suecia y Sudáfrica.

Oleg esperaba seguir los pasos de su hermano en aquel excitante mundo clandestino en el extranjero. Sin embargo, le ordenaron personarse en el Directorio S en Moscú, donde prepararía documentación para otros ilegales. Intentando ocultar su decepción, el 20 de agosto de 1963 se enfundó su mejor traje y se presentó en el cuartel general del KGB, un complejo de edificios situado cerca del Kremlin que era en parte prisión y en parte archivo, el bullicioso centro neurálgico del espionaje soviético. En su epicentro se hallaba el siniestro Lubianka, un palacio neobarroco originalmente construido para la Compañía Aseguradora de Rusia cuyo sótano albergaba las celdas de tortura del KGB. Entre los agentes, el centro de control era conocido como «el Monasterio», o simplemente «el Centro».

En vez de pasar a la clandestinidad en algún lugar glamuroso del extranjero, Gordievski se vio ordenando papeles, un «esclavo de las galeas» que rellenaba formularios. Cada ilegal requería una personalidad falsa con unos antecedentes convincentes, una nueva identidad con una biografía completa y documentación falsificada. Todos los ilegales debían ser mantenidos, instruidos y financiados, lo cual exigía una compleja organización de lugares de señalización, buzones ciegos y contac-

tos furtivos. Gran Bretaña era considerada un lugar especialmente fértil para desplegar ilegales, ya que no tenía un sistema de carnés de identidad ni oficina central de registros. Alemania Occidental, Estados Unidos, Australia, Canadá y Nueva Zelanda eran objetivos primordiales. Destinado a la sección alemana, Oleg se pasaba el día creando a gente que no existía. Durante dos años habitó un mundo de dobles vidas, enviando a falsos espías al mundo exterior y conociendo a los que regresaban.

El Centro era acechado por fantasmas vivientes, longevos héroes del espionaje soviético. En los pasillos del Directorio S, Gordievski conoció a Konon Trofimovich Molody, alias *Gordon Lonsdale*, uno de los mejores ilegales de la historia. En 1943, el KGB se apropió de la identidad de un niño canadiense muerto llamado Gordon Arnold Lonsdale y se la otorgó a Molody, que se había criado en Norteamérica y hablaba inglés a la perfección. Molody/Lonsdale se instaló en Londres en 1954 y, haciéndose pasar por un jovial vendedor de gramolas y máquinas expendedoras de chicles, reclutó a la denominada Red de Espías de Portland, un grupo de informantes que recababan secretos navales (un dentista del KGB le había practicado varios agujeros innecesarios antes de que abandonara Moscú, lo cual significaba que Molody podía abrir la boca y señalar las cavidades creadas por el KGB para confirmar su identidad a otros espías soviéticos). Un chivatazo de un topo de la CIA había provocado la detención y condena de Molody por espionaje, aunque, en el juicio, el tribunal británico ignoraba su nombre real. Cuando Gordievski lo conoció, Molody acababa de volver a Moscú tras ser intercambiado por un empresario británico arrestado por espionaje en la capital. Otra figura igualmente legendaria era Viliam Genríjovich Fisher, alias Rudolf Abel, el ilegal cuyo espionaje en Estados Unidos le había valido una condena de tres años antes de ser canjeado en 1962 por Gary Powers, piloto de un U-2 derribado.

Pero el espía soviético semijubilado más famoso era británico. Kim Philby fue reclutado por el NKVD en 1933, ascendió en la jerarquía del MI6 a la vez que filtraba gran cantidad de información confidencial al KGB y finalmente desertó a la Unión Soviética en enero de 1963 para profundo y duradero sonrojo del gobierno británico. En aquel momento vivía en un confortable piso de Moscú vigilado por guardaespaldas. Según un agente del KGB, era «un inglés de los pies a la cabeza» que leía los resultados del críquet en viejos ejemplares de *The Times*, comía

mermelada Oxford y frecuentemente bebía hasta perder el conocimiento.⁵ Philby era considerado una leyenda dentro del KGB y siguió trabajando ocasionalmente para el espionaje soviético impartiendo cursos para agentes anglohablantes, analizando algún que otro caso e incluso ayudando a motivar al equipo soviético de hockey sobre hielo.

Al igual que Molody y Fisher, Philby ofrecía charlas a los deslumbrados espías en ciernes. Pero la realidad de la vida después del KGB era cualquier cosa menos feliz. Molody se dio a la bebida y falleció en misteriosas circunstancias mientras buscaba setas durante una excursión. Fisher estaba profundamente desilusionado y Philby intentó quitarse la vida. Los tres acabarían siendo homenajeados en sellos de correos soviéticos.

Para quienes se molestaran en prestar atención (y pocos rusos lo hacían), el contraste entre el mito y la realidad del KGB era más que evidente. El Centro era una burocracia amoral, un lugar impoluto y bien iluminado, a un tiempo despiadado, remilgado y puritano, en el que se gestaban crímenes internacionales con una puntillosa atención al detalle. Desde sus inicios, el espionaje soviético actuó sin cortapisas éticas. Además de recabar y analizar información clasificada, el KGB organizaba guerras políticas, manipulaciones mediáticas, desinformación, falsificaciones, intimidaciones, secuestros y asesinatos. El Departamento 13.º, o Directorio de Tareas Especiales, estaba especializado en sabotajes y asesinatos. La homosexualidad era ilegal en la URSS, pero se reclutaba a homosexuales para que tendieran trampas a extranjeros a los que luego podían chantajear. El KGB carecía de cualquier principio. Sin embargo, era un lugar remilgado, hipócrita y moralista. A los agentes se les prohibía beber en horas de trabajo, aunque muchos consumían prodigiosas cantidades de alcohol en cualquier otro momento. Como en la mayoría de las oficinas, en el KGB corrían rumores sobre la vida privada de los compañeros, con la diferencia de que, en el Centro, los escándalos y los chismes podían acabar con la carrera y la vida de una persona. El KGB mostraba un interés intrusivo en las costumbres domésticas de sus empleados, pues ninguna vida era privada en la Unión Soviética. De los agentes se esperaba que se casaran, tuvieran hijos y no se separaran. En todo esto había un cálculo y también un elemento de control: supuestamente, un agente casado era menos proclive a desertar mientras estuviera en el extranjero, ya que su mujer y su familia serían tomados como rehenes.

Dos años después de incorporarse al Directorio S, Gordievski llegó a la conclusión de que no seguiría los pasos de su hermano como espía infiltrado en un país extranjero. Pero es posible que el propio Vasili fuera el principal motivo por el que Oleg era rechazado para ejercer de ilegal: según la lógica del KGB, tener más de un familiar en el extranjero, y especialmente tener dos en el mismo país, podía ser un aliciente para desertar.

Gordievski estaba aburrido y frustrado. Un trabajo que prometía aventuras y emoción había resultado monótono en extremo. El mundo que se extendía más allá del Telón de Acero y sobre el cual había leído tanto en los periódicos occidentales parecía seductoramente inaccesible, así que decidió casarse. «Quería viajar al extranjero lo antes posible, y el KGB nunca enviaba a hombres solteros fuera. Tenía prisa por encontrar esposa.» Una mujer que dominara el alemán sería ideal, ya que podrían destinarlos juntos a Alemania.

Yelena Akopian estaba estudiando para ser profesora de alemán. Tenía 21 años, era medio armenia e inteligente y tenía los ojos oscuros y un gran ingenio. Era una maestra de los comentarios ocurentes y despectivos, lo cual resultó atractivo a Gordievski durante un tiempo. Se conocieron en casa de un amigo común y lo que surgió entre ambos no guardaba tanta relación con la pasión como con una ambición común. Al igual que Oleg, Yelena anhelaba viajar al extranjero e imaginaba una vida fuera de los confines del atestado piso en el que residía con sus padres y sus cinco hermanos. Las pocas relaciones anteriores de Gordievski habían sido breves e insatisfactorias. Yelena parecía ofrecer un atisbo de lo que podía ser una mujer soviética moderna, menos convencional que las estudiantes a las que había conocido y con un sentido del humor impredecible. Se declaraba feminista, aunque en la Rusia de los años sesenta el término era sumamente limitado. Gordievski se convenció a sí mismo de que la amaba. La pareja se comprometió, reflexionaba él más tarde, «sin meditarlo demasiado», y meses después contrajo matrimonio sin ostentaciones y por motivos nada románticos: ella mejoraría las posibilidades de ascenso de Gordievski y él era un pasaporte para salir de Moscú. Era un matrimonio de conveniencia del KGB, aunque no se lo reconocieron el uno al otro.

A finales de 1965 llegó el cambio que Gordievski había estado esperando: quedó libre una vacante para supervisar a ilegales en Dinamarca. Su tapadera sería la de funcionario del consulado que tramitaba

visados y herencias; en realidad, colaboraría con la Línea N (que significaba *neleganii*, o ilegales), y sería responsable del trabajo de campo del Directorio S.

A Gordievski le ofrecieron dirigir una red de espías en Dinamarca, cosa que aceptó con sumo gusto. Según observaba Kim Philby tras ser reclutado por el NKVD en 1933: «No dudé. Nadie se piensa dos veces una oferta para ingresar en una organización de élite».⁶